

AMANCIO ISLA FREZ

La Crónica de Alfonso III y el reino astur



EDICIONES TREA

Índice

INTRODUCCIÓN.....	9
LOS TEXTOS.....	17
EL FIN DEL REINO DE LOS GODOS.....	53
EL REINADO DE RAMIRO.....	73
WAMBA EN LOS ORÍGENES.....	103
IGLESIA Y <i>REGNUM</i>	139
EL MODELO <i>REGIO</i>	159
CONCLUSIÓN FINAL.....	199
BIBLIOGRAFÍA.....	207

Introducción

Las palabras latinas,
con su temblor enigmático y litúrgico,
vuelan del cielo de los milagros.

VALLE-INCLÁN

Explicar lo que fue el reino astur ha sido durante decenios repetir lo que dicen la Crónica de Alfonso III y la de Albelda. Historiadores profesionales y toda suerte de aficionados hemos acudido devotamente a estos textos que nos ponían en contacto con un tiempo distante. Libros y artículos recogían *in extenso* sus frases con las que se trenzaba el relato histórico, de manera que fragmentos de estas crónicas generaban cadenas de citas a lo largo de las notas, quizá hasta el punto de que las podríamos recuperar en su casi totalidad a partir de cualquiera de estos estudios. De alguna manera, como en la frase de Valle-Inclán, han revoloteado sobre nosotros, mientras que pocas veces hemos intentado ir más allá de unas palabras o unas frases, quizá también divinizadas, sin tener en consideración el hecho de que proceden de una obra historiográfica con unas propuestas que les son propias, imponiendo su personal presentación. Ha dominado, no obstante, su percepción como fuente o incluso como conjunto abigarrado de noticias. Es verdad que las crónicas han sido examinadas en su conjunto; que se han escudriñado muchos de sus rasgos, tratando de averiguar su procedencia y autoría, sus fuentes y componentes o su intención general. Debemos mucho a estos trabajos. Este análisis más general de antaño ha cedido algo ante el interés en proporcionar referencias para incidir en temáticas concretas: desde la servidumbre a la guerra, pasando por la edilicia. En ambas aproximaciones se ha sucumbido a la tentación de alejar esas palabras del medio en el que se escribieron, del género y de la obra misma en la que están insertas y, en cierto modo, de la sociedad y de la política en la que adquirirían pleno sentido.

Esta compartimentación y esta repetición han acabado por fomentar una historia algo redundante y, cabe decir, un tanto amenazada de muerte por inanición. Parece que nada más puede decirse sobre el reino astur y que solo cabe repetir y

glosar, una y otra vez, lo dicho por autoridades como Sánchez-Albornoz. Ciertamente que en ese contexto podemos contar con el antidoto de una arqueología en desarrollo, pero en el ámbito en el que priman las fuentes escritas predomina la paráfrasis o se han abierto otras posibilidades menos claras, como la de acudir a historias semilegendarias o a noticias extemporáneas en las que se pretende encontrar alguna verdad escondida.

Ante esta fragmentación y el examen plano de las fuentes sería oportuno proceder a un análisis que recupere lo que estas obras son: una producción concreta dentro del género histórico, proveniente de una realidad política con voluntad de dar cuenta de su pasado y de su presente. Si estamos ante una elaboración cultural meditada, realizada por las elites del reino, deberíamos asomarnos a su propuesta general como merece, analizando cómo presenta a los personajes y sucesos del pasado. Debemos averiguar qué idea tuvieron de la historia y de su historia, qué quisieron recordar e incluso qué desearon que quedara en el olvido. Se trataría entonces de llevar a cabo un estudio que compagine el análisis concreto de las palabras y de las frases de la Crónica de Alfonso III con otro más global que, además, atienda al conjunto como una producción que se redacta en un medio social, político y cultural, con unas coordenadas subyacentes, como algo que estuvo escrito para su tiempo con la voluntad de interpretar el pasado desde la perspectiva de su presente. Habría que pasar de una percepción muy plana de lo que nos dicen las fuentes a una algo más pluridimensional, que tenga en consideración que lo que cuentan tiene que ver con cómo entendieron o quisieron que se entendiera su realidad: dicho de otra manera, que los cronistas escribieron sobre su pasado construyéndolo.¹

Las crónicas, sin duda, han tenido una gran capacidad de llamada, pues en ellas algunos historiadores descubrían el nacimiento de una nación. Sánchez-Albornoz consolidó esta percepción cuando tituló *Orígenes de la nación española* su gran obra, en la que recopilaba artículos ya publicados y añadía nuevas páginas sobre la época entre la conclusión del reino visigodo y el final del reinado de Alfonso III. El título y otros parejos decían bastante de lo que este historiador y muchos otros han pensado sobre qué era la nación española y sus inicios. Allí se habrían conjugado componentes decisivos por los que Sánchez-Albornoz había deambulado en su *España, un enigma histórico*: la herencia romana y el añadido gótico, el cristianismo y una lucha secular con el islam. Por más que considerara relevantes los tiempos previos a la invasión musulmana en su idea de configuración de lo español, esta irrupción y la respuesta cristiana ostentaban un papel decisivo en el alumbramiento

¹ Son numerosos los trabajos recientes sobre la memoria. Destacaría ahora Patrick Geary: *Phantoms of remembrance: memory and oblivion at the end of the first millennium*, Princeton (Estados Unidos): University Press, 1996.

de contexturas vitales y realidades históricas hispanas diferenciadas.² Todos estos problemas propios de la historiografía y del pensamiento social esencialista se remontaban a la crisis noventayochista y formaban parte de disquisiciones muy ligadas a ciertas maneras de aproximarse a la cultura política y antropológica de principios del siglo xx, aunque con claros precedentes en el siglo xix.

En este reino de Asturias Sánchez-Albornoz podía encontrar la combinación de liderazgo regio, victoria por las armas e intervención divina, todas ellas piezas clave de la urdimbre que le servía para explicar el devenir histórico nacional a partir de este «embrión de España». Allí se manifestarían rasgos que consideraba constitutivos, como la afirmada inclinación hispana por la sumisión al caudillaje, y entonces se iniciaba otra trayectoria definidora, la dinámica secular de la «lucha a vida o muerte», de una «consagración integral a la guerra» que habría sido fundamental en la supuesta formación caracterológica.³

Estos asuntos quizá no ocupan una posición central entre los historiadores actuales. No obstante, puede que en la sombra mantengan cierta vigencia que explicaría la virulencia de algunos debates historiográficos sobre este período, que incluso llegan a desbordar los límites académicos. Lejos de enigmas, cuajados de elementos irracionales, hay que plantear la historia de estos siglos desde perspectivas que ya se vienen desarrollando y que se dirigen a las crónicas con actitud crítica, abandonando esos modos confiados para los que las fuentes nos transmitirían la realidad tal y como fue. Al contrario, se precisa una actitud más activa que desvele lo que las crónicas pueden comunicarnos. Esta aproximación proporciona una imagen mucho más matizada del reino, una realidad política en la que se fueron combinando diversos elementos en un proceso que se prolongó en el tiempo. En buena medida se trata de romper con el planteamiento que han venido recibiendo desde el Medioevo, pues estas historias tuvieron un éxito absoluto y se convirtieron en una especie de reliquia sacra, pasando a través de los recopiladores medievales casi sin modificación, como si se estuviera ante textos hagiográficos o litúrgicos. De allí llegaron a las historias del xix y a los repertorios y lecturas escolares, convirtiéndose en el elemento referencial que recogió, como hemos señalado, esta historiografía esencialista. En la actualidad nos encontramos con una cierta continuidad, en la que de las crónicas se atiende básicamente a lo que dicen, como emanaciones directas del pasado, aunque también desde otras perspectivas se aplican metodologías más críticas, que se preocupan algo más por cómo las crónicas se expresan y por las

² Véase el prefacio —redactado desde la Real Academia de la Historia— al libro de A. Cotarelo: *Historia crítica y documentada de la vida y acciones de Alfonso III el Magno, último rey de Asturias*, Madrid: Victoriano Suárez, 1933, p. vii y ss.

³ Claudio Sánchez-Albornoz: *España: un enigma histórico*, Barcelona: Edhasa, 1977, pp. 255 y 708.